



LA MUJER DEL MINERO

C U E N T O

Por Asensio SAEZ

ELLA lo había visto muerto muchas veces, en sueños, bajo una roca desprendida de las negras paredes de la mina, con la sangre chafada cuajándose en

un charco color lacre. Se despertaba dando largos gritos, que terminaban por desvelar al marido, y él había de asirla por los hombros con sus manos grandes, de

Gernsheim



dedos desmesurados, de rústicos tactos, hasta dañarla.

—¿Acabarás de gritar?

—Cuando te acuestes deja la luz encendida—le decía Rosa al marido.

Ella tenía miedo de la oscuridad. En la oscuridad era donde veía mejor el color de la sangre que salpicaba sus sueños. Pero al marido le parecía la alcoba, con esa luz cruda de la bombilla en

la madrugada, la alcoba del enfermo, y si se bebía el agua de un vaso de la mesilla de noche le sabía a agua de enfermedad. A veces descubría flotando en la superficie ese pequeño mosquito que en la oscuridad apenas percibe el paladar, pero que a plena luz le hacía levantarse a buscar en la cocina el agua limpia del alba.

Rosa odiaba la mina.

CONTINUA EN LAS PAGINAS AZULES

ILUSTRACIONES DE SERNY

LA MUJER DEL MINERO

Por ASENSIO SAEZ

VIENE DE LAS PAGINAS DE COLOR

—Que le has tomado “idea” —razonaba el marido liando un “caldo”.

Era verdad que Rosa odiaba la mina. Es mala la imaginación desatada cuando la amenaza aprieta el corazón.

—Manías—decía la hermana del marido, que vivía con ellos y era aficionada a las emisiones de sobremesa de la radio, en las que su Paco le dedicaba bastantes discos.

Rosa prefería escuchar canciones de películas, sobre todo las de las películas que ella conocía de antemano. Pero de pronto se quedaba desencajada y pálida, mirando la mujer escotada del almanaque del comedor. Es que le venía súbitamente aquella idea negra de la muerte de él bajo los duros cielos apagados de la mina.

—Es como si de pronto se me clavara un agujón en medio de los sesos.

—Este invierno Paco me va a regalar una gabardina—decía la cuñada.

—Anoche te vi muerto—porfiaba la otra, royendo como un hueso de albaricoque su obsesión.

Se le había metido entre ceja y ceja. ¡Ya estaba lista, Señor!

—Te traían cuatro amigos en andas, como si fuera la Semana Santa. Luego las vecinas acudían con sus sillas para el duelo y encendían mariposas en los vasos grandes del aparador.

El ya apenas le hacía caso, pero iba cansándose, y terminaba por irse al bar a rellenar una quiniela. Venía Paco y se llevaba a la cuñada, porque echaban una película del Oeste en cinemascopé. Rosa se acostaba, dejando la luz abierta.

—He soñado que un barreno te abría la cabeza como una granada de gajos de sangre.



—¡Y dale!

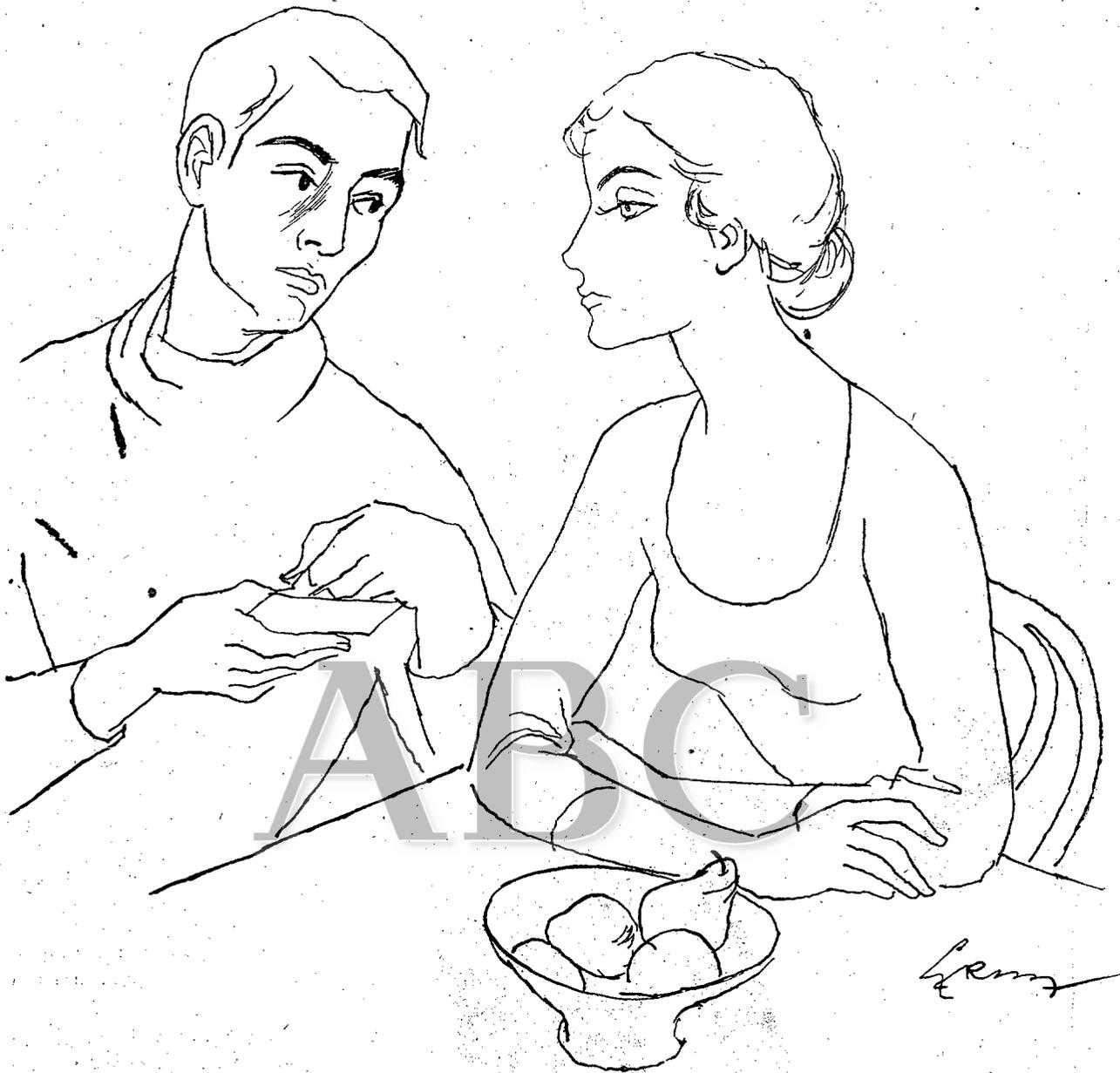
—No vuelvas a la mina. Otros oficios hay en el mundo: Carpinterías que huelen a madera fresca, a serrín y a virutas que parecen mismamente rizos de oro. Fraguas que da gloria oír el repiqueteo de sus yunques, tierra madre para labrar y plantar en lo húmedo de sus entrañas espigas y semilla de melocotones.

—Que estás loca: eso es lo que pasa.

—¡Aquí no se puede aguantar más!—gritaba la cuñada.

Como no podía aguantar más se fugó con Paco, sabiendo que así sacrificaba el vestido blanco que tanto le hubiera gustado lucir el día de la boda, con el altar encendido y una música dulzona bajando desde el coro, igual que en las películas.

... Cuando de verdad lo trajeron con el pecho aplastado las ve-



cinas creyeron que Rosa enloquecería, esta vez de veras.

—¡Ay, qué sola me quedo! ¡Bien que te lo decía, que la mina es una maldición, peor que una mala mujer, y que te veía muerto con la cintura empapada en sangre! ¡Y ahora tus ojos están parados como los de los santos que salen en la procesión del Santo Entierro, y tu boca cosida, y tus manos como el mármol! ¡Ay, que te llamaba la tierra, como una perra que es! ¡Maldita sea!

¡Y ahora se lleva la flor de mi vida! ¡Ay, lucero, qué me dejas a oscuras!

Llegaban unos compañeros del muerto:

—Te acompañamos en tu sentimiento, Rosa.

En los ojos traían pintado a grandes brochazos el terror de la mina. Hoy era el marido de Rosa. ¿Quién aseguraba que mañana no sería uno de ellos el muerto, el muerto que la mina exige como

un dios despiadado y sádico? Ellos acudían hasta el bar cantando a grandes voces:

*Me llaman el barrenero
porque pongo la barrena...*

Pero de pronto podían abrirse en la oscuridad de la galería, de la garganta de los pozos, las heladas navajas de la muerte.

—¡Ay, rosas de mi corazón, rey de España! ¡Ay, Virgen del Car-

LA MUJER DEL MINERO

men que te lo llevas; sola como la una me dejas sin el clavel de mis entrañas!

Locura de manicomio le costaría el trance. Sin embargo, Dios le otorgó la entereza de preparar ella misma la cama mortuoria, sacando del baúl ropas nuevas, olorosas a naftalina. El muerto quedó tendido sobre una colcha pajiza de rosas adamsacadas: la colcha de boda. Habían ido los dos

a comprarla a la mejor tienda. Ella la hubiera preferido encarnada, con un dibujo de jardín con balaustrada y pavos reales; pero el marido dijo que la colcha roja le hubiera prestado siempre a Rosa como un resplandor de frambuesa de horno, que le hubiera cocido en la piel la enfermedad rojiza y llameante, la enfermedad del sarampión incurable.

También llegó la cuñada:

—¡Tenías razón, Rosa, tenías razón!

Venía envuelta en los largos gritos de hermana del difunto, los cuales se enmarañaron como flecos de mantón con los de la viuda. Ya estaba embarazada, cosa que la otra no había conseguido nunca, lo que le concedía sobre Rosa un cierto aire de superioridad. Era el suyo el embarazo insolente de la que se ha conocido muy niña, con dos trenzas rematadas en un lazo, merendando naranjas sentada sobre la acera, y un día aparece por la calle con un chaquetón holgado y como diciendo: "Pues ¿qué os habíais creído?"

—¡Jesús, y cómo pasan los años! Ya ves: una, que te conoció desde así...—dijo la vecina de enfrente mordisqueando una "pipa" salada de las que se llevaba para el cine, y que había hallado olvidada en un repliegue del bolsillo.

Se sentó junto a la cama, pidiéndole a Rosa un pañuelo para cubrir la boca del hermano. No podía tolerar el pasito ágil y entrecortado de las moscas sobre la boca del difunto. Su receptibilidad alterada le hacía percibir esa sensación en su propia piel, como si fuesen sus mismos labios los que recibieran la huella de esas patitas velludas y nerviosas; pero ya con más asco y respeto, porque semejaban dejarle en las pequeñas estrias de la boca los mismos jugos del hermano muerto.

Salió Rosa en busca del pañue-



